



RECENSIÓN

Por Valeria Cabrera*

La filosofía animal de Nietzsche. Cultura, política y animalidad del ser humano, Vanessa Lemm, Ediciones Universidad Diego Portales, Colección Pensamiento Contemporáneo, Santiago, 2010, 377 pp.

La filosofía animal de Nietzsche, aparecido originalmente en inglés como *Nietzsche's Animal Philosophy: Culture, Politics and the Animality of the Human Being*, New York: Fordham University Press, 2009, y traducido al español por Diego Rossello, probablemente se trate de una de las publicaciones acerca de Nietzsche más importantes aparecidas en Chile en los últimos años, primero, porque propone un nuevo enfoque para leer su obra: el de la animalidad y, segundo, porque a partir de este enfoque moviliza una apertura positiva o “afirmativa” al campo de la biopolítica.

En los seis capítulos en los que se desarrolla este trabajo, se defiende un eje de análisis que opera como articulador de una propuesta teórica que señalará, de principio a fin, la singular fuerza política de la animalidad del humano. Este articulador es el antagonismo entre cultura y civilización, que se desarrolla en el Capítulo I, y que acusa, principalmente, la violencia con que el proyecto civilizatorio desmembró la animalidad del humano. Se trata de una distinción que contiene una severa crítica al proyecto civilizatorio, a la violencia de la memoria y al humanismo: “Mientras la violencia ha sido atribuida tradicionalmente al animal, Nietzsche la atribuye al ser humano y, en especial, al proyecto de moralización y civilización. Esta inversión restaura la así llamada crueldad animal en su inocencia amoral” (“Moralidad como falsa superación”, p. 55). La restauración del animal

* Doctoranda en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Magíster en Comunicación y Sociedad por FLACSO-Ecuador, Profesora de Filosofía por la Universidad de Valparaíso. Becaria Conicyt 2009-2011.

humano, por lo tanto, será entendida en adelante como un proyecto que le compete a la cultura.

En base a una lectura de *La genealogía de la moral*, el Capítulo 2, «Política y Promesa», indaga en la necesidad de hacer surgir un individuo soberano. Otorgando una potencia política a la animalidad del humano, se apuesta por una soberanía singular que presupone, en el olvido del animal, el elemento determinante para abrir espacio a una “política agonística de la responsabilidad”. El individuo soberano, antinomia del humano civilizado, sólo será concebible en un contexto de realce cultural, pues la animalidad que en él se quiere liberar es contraria a la idea del humano recatado, calculador y empoderado al que aspira el proyecto civilizatorio. Por el contrario, la capacidad de olvido determina su radicalidad política, alimenta su creatividad y estimula la posibilidad de devenir otro de sí: “En oposición a la idea de que la soberanía designa una forma de empoderamiento del yo sobre los otros, sostengo que la soberanía es un empoderamiento del yo que resulta de superar la necesidad de dominar a los demás” (“La soberanía más allá de la dominación”, p. 99). Cultura, política y soberanía quedan, de este modo, intrínsecamente ligadas, opuestas a la civilización y resistiendo a ella.

El capítulo 3, «Cultura y economía», se encargará de girar la argumentación hacia una dirección cada vez más propositiva, exhortando una avanzada hacia la noción de “sociedad aristocrática” trazada por Nietzsche. Procurando distanciarse de las interpretaciones que sugieren que esta concepción nietzscheana insinúa una política de dominación, Lemm sostiene que la idea de una “sociedad aristocrática” consiste en potenciar la vida individual, puesto que sólo en ella se encontraría un espacio para el cultivo de la singularidad. La arremetida pone en cuestión, esta vez, a las “ideologías de masas”, una política que tiende a sacrificar al individuo en favor del grupo. Es una crítica a los valores de la política moderna –especialmente al tipo de democracia que de ellos ha surgido–, que delata su imposibilidad de proyectar la existencia más allá de la utilidad, el cálculo y la administración: “La falta de una (política de la) cultura y el optimismo económico son síntomas de una vida en decadencia típica de las modernas ideologías de masas” (p.141). Inversamente, lo que se plantea con la rehabilitación de una política de la cultura, es una “economía de vida” que propicie el espacio abierto al ejercicio de la soberanía individual y la posibilidad para lo auténticamente público: “El espacio público de la cultura se basa en el modelo del ágora, la plaza pública de la polis griega, donde la gente se reúne para competir entre sí y para desafiarse mutuamente con el objetivo de lograr una virtud mayor” (“El dominio (*Herrschaft*) de la cultura superior”, p. 147).

El capítulo cuarto, «Don y perdón», quizás el más complejo por la minuciosa elaboración de sus problemas, argumentos y conceptualizaciones, se encarga de espesar la crítica del canon civilizatorio revisando el perdón cristiano como uno de sus fundamentos éticos. Contraponiendo al perdón ‘la virtud que dona’ –idea recogida, en especial, de una

lectura de *Así habló Zaratustra*–, se vuelve sobre la necesidad de reanimar el olvido y la inocencia animales. Si el perdón cristiano exige de la relación con el otro un intercambio moral en el que se gestiona verticalmente el perdón sobre un Yo culpable, en Nietzsche, en cambio, tanto el Yo como la culpa y el perdón administrado obstruyen el ejercicio de una relación de justicia con el otro. Si se propone el rescate de la animalidad, es porque se busca salvaguardar un espacio al involuntarismo, que, en la tradición judeocristiana, está cercado por el código pretendidamente universal del libre albedrío (p.164). En su argumentación, Lemm focaliza un cruce entre la filosofía de Nietzsche con las tesis sobre el don y la amistad de Jacques Derrida y las contrasta con la de Hanna Arendt, quien se diferenciaría de éstos por conservar la memoria como garante de la validez del perdón. Para Nietzsche y para Derrida el perdón como donación no puede estar mediado ni por la memoria, ni por códigos universales, ni por figuras institucionales. Sin mediador, el perdón sólo es posible entre amigos, y la amistad es entendida como la *philia politiké* griega: la virtud que dona requiere del olvido, se orienta hacia el otro en su singularidad, mantiene la distancia, es creativa y, otra vez, agonística: “Dada la vinculación directa entre donación y olvido sugiero que aquello que dona y es activo en el donar es el olvido animal. De este modo, el donar para Nietzsche, y tal vez también para Derrida, debe ser comprendido como una virtud animal y no como una virtud humana” (“La virtud que dona y orientarse hacia el otro”, p. 188).

En el capítulo quinto, «Animal, creatividad e historicidad», se entroncan más patentemente todas las tesis anteriores y se las dirige hacia lo que en otros trabajos de la autora se ha dado a conocer como una “biopolítica afirmativa”. Al igual que el capítulo 6, se puede catalogar como un análisis clásico en tanto que revisa la crítica de Nietzsche al historicismo a partir de una lectura de dos textos principalmente: *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia sobre la vida* y *La genealogía de la moral*. Se destaca aquí la fuerza creativa de un tipo de historia que, otra vez, encuentra su fuente de movilidad en el olvido animal, y que hace viable la emergencia de una historia nueva, entendida como “arte de la interpretación”, superando la vieja idea de historia como “una reconstitución fáctica del pasado”. Esta propuesta nietzscheana se plantea como una postura más radical que la que supone una elección racional sobre cómo habría de concebirse la historia, pues, en ella: “El olvido no depende de la memoria humana, pero esta sí depende del olvido animal” (p. 210); es decir, se invierte el valor tradicional que asume a un ser humano que recuerda por aquel que afirma “al animal como un ser histórico que olvida”. Aceptando la imposibilidad de reconstituir el pasado, el arte de la interpretación histórica se desliga de la atadura de la memoria: “Cuando la memoria es puesta en contra del olvido genera un pasado que socava el devenir de la vida. Sin embargo, cuando la memoria entra en relación con el olvido, esta establece una relación con el pasado que potencia la vida” (“Contra-historia”, p. 223). Lemm ejemplificará, luego, lo que es la “Historiografía artística” analizando textos de Nietzsche para mostrar cómo éste “acecha el pasado” –su propio pasado escritural–, no para

determinarlo, completarlo o acabarlo, sino que para multiplicarlo, pluralizarlo, abrirlo al futuro, donarlo al devenir (p. 249).

El último capítulo de esta exhaustiva investigación, Capítulo 6 «Animalidad, lenguaje y verdad», puede considerarse también clásico en cuanto trabaja la idea de verdad en Nietzsche y su crítica a la metafísica. A partir de una lectura de *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, extrae la noción de “metáfora intuitiva” (*Anschauungsmetapher*) y la presenta como una experiencia estética de tipo pictórico. Lemm sostiene que la “metáfora intuitiva” explica los tres géneros de verdad que se observan, sin contradicción, en el pensamiento de Nietzsche: el género de la verdad singular, opuesto al de verdad metafísica; el género de la experiencia estética, opuesto al de la verdad normativa o epistemológica, y el género de la verdad biopolítica. Este tercer género de verdad puede bien considerarse el más importante dentro del presente trabajo en la medida que es el más propositivo, positivo o afirmativo: critica la esclavitud (existencial, moral, social, filosófico-científica), y busca potenciar la vida en todas sus formas. Selectivo sólo en lo que tiene de intrépido, el género biopolítico incrementa la sensibilidad estética en todas las manifestaciones de la cultura, multiplicando la experiencia singular de “la verdad intuitiva”. Es esta sensibilidad artística, este “impulso puro hacia la verdad” como modo de vida, lo que Nietzsche, en definitiva, reconoce para el auténtico filósofo y para la auténtica filosofía.

En *La filosofía animal de Nietzsche*, Vanessa Lemm actualiza lecturas sobre la filosofía nietzscheana, tanto canónicas como heterodoxas, y las confronta con tesis personales, mostrando un esfuerzo enorme por remitir cada uno de sus debates a las más contemporáneas y controversiales interpretaciones sobre la animalidad en Nietzsche. El libro puede adolecer de un excesivo academicismo en su prosa, sin embargo, se supera a sí mismo proponiendo una crítica social –a la altura de los tiempos– y formulando una propuesta política específica, la de una biopolítica afirmativa.